

La verdadera edad moderna [capítulo 1]

Breve historia de la humanidad de Ernst H. Gombrich

Si pudieras hablar con una persona que hubiera vivido en el tiempo en que los turcos sitiaron Viena, te llevarías una gran sorpresa por su manera de hablar además, por el gran número de palabras francesas y latinas utilizadas por ella, por el complicado y retorcido amaneramiento y formalismo de sus expresiones, por el modo en que se inclinaría ceremoniosamente y por cómo ensartaría con cualquier motivo una cita en latín cuya procedencia desconoceríamos tanto tú como yo. Sin embargo, es probable que tuvieras la impresión de que bajo aquella respetable peluca había una cabeza a la que le gustaba pensar en comer y en beber bien, que todo aquel señor, con sus encajes, puntillas y sedas y bien perfumado, apeataba -con vuestro permiso-, pues no se lavaba casi nunca.

Pero, tu asombro sería mayúsculo cuando comenzara a exponer sus opiniones: que se debe pegar a los niños; que las muchachas deben casarse casi niñas con hombres a quienes prácticamente no conocen; que los campesinos están en el mundo sólo para el trabajo y no les está permitido rechistar; que los mendigos y los vagabundos tienen que ser azotados en público para, luego, encadenarlos y someterlos al escarnio en la plaza mayor; que los ladrones deben ser ahorcados y los asesinos troceados públicamente; que se ha de quemar a las brujas y demás magos dañinos que practican tan a menudo sus peligrosas actividades; que se ha de perseguir, desterrar o arrojar a una oscura mazmorra a quienes pertenecen a otra fe; que para la inminente peste que se ha cobrado ya en Viena muchas víctimas debe de ser bueno llevar un brazalete rojo; que el señor Fulano, un amigo inglés, lleva mucho tiempo haciendo magníficos negocios con la venta en América de negros traídos de África como esclavos, lo cual es una buena ocurrencia del honorable señor, pues los indios cautivos no valen para trabajar.

Es probable que esas opiniones no las escucharas de boca de un patán, sino, incluso, de las personas más razonables y hasta piadosas de cualquier condición y país. Las cosas comenzaron a cambiar poco a poco a partir de 1700. Las numerosas y atroces miserias provocadas en Europa por las tristes guerras de religión hicieron pensar a mucha gente: ¿Es realmente importante discutir qué artículos del catecismo se consideran verdaderos? ¿No sería mejor que los seres humanos, incluso quienes tienen opiniones diferentes y una fe distinta, se soportasen, que se respetasen mutuamente y tolerasen las convicciones de los demás? Esta fue la idea más importante que entonces se expuso: la idea de la tolerancia.